

Diario de Burgos Digital

Domingo, 20 de Septiembre de 2009

Merindades 20/09/2009 Patrimonio local / Gentes y entorno

Los pueblos de Burgos apuran el verano

Los veraneantes que acogen los municipios de la provincia durante los meses estivales son la población que les falta el resto del año

Fernando F. Peña / Merindades

El verano transforma los pueblos de la provincia. En agosto, la mayoría de los lugares del norte provincial quintuplican y algunos hasta multiplican por diez su número de residentes. Los más poblados, como Medina de Pomar o Villarcayo, se colapsan; circular por Medina algunos días de julio, agosto, septiembre e incluso de octubre puede llegar a ser tan complicado como cruzar una ciudad en hora punta. En verano los pueblos viven los mejores momentos del año. Se llenan los hoteles, las pensiones, las posadas, las casas rurales y en muchos restaurantes comarcales hay que reservar mesa para conseguir una. El verano abarrotará también el camping, reciben visitantes los lugares más remotos a los que no accede nadie durante el resto del año y los bosques



Algunos ríos se convierten en zonas de baño óptimas para refrescarse del sofocante calor.

Arcau Proyectos Turísticos

y las orillas de los ríos se llenan de veraneantes que descansan al amparo de la naturaleza. Se habilitan para el asueto veraniego pajares y cabañas pasiegas. Se desbordan las casas de los pueblos de los valles de Mena, Losa, los alfoces de Bricia y Santa Gadea, la Jurisdicción de San Zadornil, el Partido de la Sierra de Tobalina, Los Altos. Casi todos los días de agosto y fines de semana de septiembre Las Merindades cuelgan el cartel de completo.

Los días estivales hay bullicio en las calles de la mayoría de los lugares que el resto del año permanecen deshabitados; regularmente entran y salen coches de todas las aldeas, se ven chavales jugando y correteando por las plazas y gente que pasea por los caminos y se adentra por los bosques, vigilada por retenes especiales de cuadrillas y guardas forestales. Los veraneantes mantienen en buen estado casas y si no fuera por ellos, muchas pedanías no existirían. El verano resucita el mundo rural y hasta las aldeas abandonadas reciben visitas.

Bajo la cánicula, mientras los veraneantes se bañan en el río o la piscina los labradores cosechan los campos de cereal abrasados por el sol, los recorren con las máquinas cosechadoras, transportan el grano en tractores y van y vienen de finca en finca haciendo la recolección y llevando la mies a casa. Una tormenta de agua arruinaría por unos días los baños y la cosecha. Con la avenida de veraneantes, mientras los labradores recolectan el grano (este año la cosecha de cereal ha sido escasa y mala) los comerciantes procuran hacer el agosto para mantenerse el resto del año. Son unas semanas que hay que aprovechar y, cuando unos descansan, otros tienen que trabajar pensando que pronto llegará el otoño. Agosto pasa rápido en los pueblos de Burgos, que ya estos días sienten el cambio de las estaciones en sus horas de luz. Hay lugares como Espinosa de los Monteros donde se dice que es mejor un buen invierno que un buen verano. Espinosa durante el invierno recibe la visita de miles de personas que van a disfrutar de la montaña, pisanieves los llaman. Son familias enteras que se acercan los días festivos a los cuatro valles de Las Machorras a esquiar, pisar nieve y andar por la montaña, y abarrotan el pueblo, comen en restaurantes y hacen compras. Esa nieve del invierno es el agua que baja en verano por los ríos pasiegos y así es posible bañarse en río en Espinosa cuando aprieta el calor. Este municipio es un lugar fresco, aún bajo ola de calor. Y en verano los ríos bajan puros de la montaña y en las dulces aguas del río Trueba se refrescan cientos de personas. También se bañan en aguas frescas y cristalinas por los valles altos de Valdeporres y Valdebezana.

El embalse de Arija, con sus embarcaciones y su club náutico, es otro lugar veraniego del norte provincial calentado por un sol de balneario que reverbera en la superficie del agua. El entorno de su embalse es, además, un buen observatorio ornitológico y zona de acampada de aves migratorias cuyo instinto ya les dice por estas fechas que deben emprender el viaje. Así se ven estos días grandes bandadas de pájaros surcando el cielo.

Los días ardientes de julio, agosto y septiembre el Soto de Villarcayo se llena como una playa mediterránea. La extensión dedicada al esparcimiento en Villarcayo es mucha pero los días que aprieta el calor es difícil encontrar un hueco libre. Ocurre algo parecido en las pozas que hacen los ríos del noroeste de la provincia o en muchos tramos del río Jerea, entre Valujera y Virués, donde se forman calas y bonitas zonas de baño en las que sólo caben los primeros que lleguen.

En verano aumenta la población y la práctica de los deportes de riesgo y suceden imprevistos. En los centros médicos atienden a diario un número importante de urgencias, casos de caídas, golpes, cortes, quemaduras, intoxicaciones. En lugares en los que habitualmente nunca pasa nada, en verano puede ocurrir cualquier accidente grave. Y a diario la población desplazada abarrotará las consultas médicas.

Durante el verano tienen también un trabajo especial los pocos curas rurales que quedan, que no dan abasto a decir misas y celebrar fiestas y romerías en iglesias que permanecen cerradas el resto del año. Durante los meses estivales la parroquia crece considerablemente y cada pueblo celebra su fiesta un día distinto. Así, los curas se ven obligados a ir de un lugar a otro con la agenda en la mano para mejor administrar su tiempo. Les pasa algo parecido a los vendedores ambulantes de alimentos frescos, pescaderos, carniceros, fruteros,

charcuteros que, con sus camiones frigoríficos mejor abastecidos en verano, provienen a los pueblos de mercancías y durante las semanas centrales del año procuran hacer el agosto. Como la mayoría de los comerciantes, los vendedores ambulantes piensan que toda la gente circunstancial del verano es la que falta en los pueblos de continuo.

Eventos

Se nota que es verano en la copiosa cartelería que ocupa paredes y vidrieras de toda la comarca. Las cristaleras de los establecimientos de hostelería están llenas de avisos que anuncian fiestas, concentraciones, conciertos, verbenas, excursiones, teatros, marchas. En los tabloneros de anuncios se convocan concursos de pintura y fotografía, se exhiben orquestas con su traje de gala, se venden casas y terrenos, se buscan perros extraviados y permanecen pegados los carteles del Cronicón de Oña, que ya pasó. En todos los lugares hay algo en verano: cenas medievales, representaciones teatrales, exposiciones, ferias de artesanía, visitas guiadas, exhibiciones públicas, competiciones deportivas. Las fiestas patronales se celebran en muchos lugares gracias a los veraneantes.

En el norte provincial el verano más largo es el de Medina de Pomar, que celebra sus fiestas patronales de La Virgen del Rosario el próximo mes, por lo que aquí éste es todavía un mes muy animado. Los veraneantes permanecen más tiempo en contacto con la ciudad a la espera de las fiestas del Rosario, que son las últimas de la comarca y unas de las más concurridas de la zona.

El otoño devuelve las cosas a su sitio. El otoño es una estación generosa, se van los últimos veraneantes, los pueblos vuelven a su ser y huertos, campos y bosques dan sus frutos postreros. Ya avanzada la estación en los montes se buscarán las primeras setas de la temporada. Durante el otoño se recogen los frutos para llenar la despensa antes de que llegue el invierno y los hiele.

Los pueblos cumplen su ciclo anual al ritmo que marca la naturaleza. El verano es fuego y el otoño ascuas.

En otoño el campo enciende velas, los árboles oxidan las hojas, se queman malezas y el sol enrojece al atardecer. El invierno es una estación desapacible y fría, que siempre resulta larga en los pueblos de Burgos. En los del norte suele helar y nevar y se producen espesas nieblas que no se despejan en días, por lo que la primavera es antesala del verano y siempre bienvenida y esperada; llega mucho antes de que se derrita el último hielo de las montañas de Espinosa.

El estío es la celebración de los pueblos que permanecen olvidados el resto del año. Los carteles que en verano anunciaron los diferentes actos festivos permanecerán colgados en las paredes unos meses más hasta que el sol los decolore y el viento del invierno los arranque, cuando el verano haya concluido hace mucho y los pueblos se hayan vuelto a quedar solos hasta el siguiente fin de semana que toque subir (o bajar) a ellos. Algunos resistirán pegados hasta la primavera y el verano que viene.

Bajo la canícula los pueblos toman la medida de cómo serían si tuvieran tal población: se vive más en la calle, hay más horas de luz, hace calor y apetece salir a tomar el fresco; se forman nuevas parejas que buscan lugares apartados para estar a solas y darse besos. Septiembre y octubre también son apacibles en los pueblos del norte de la provincia, pero ya los días han acertado mucho y las noches comienzan a ser bastante frías.